

Carlos Alberto Mendoza

HECHOS Y PERSONAJES COLOMBIANOS ANALIZADOS POR UN PANAMEÑO

9

LA PATOLOGIA DE LA POLITICA

Universidad Externado de Colombia.
Santafé de Bogotá, 15 de junio de 1994.


 I

La corrupción tiene características nuevas en este fin de siglo, tanto en Colombia como Panamá. Aquí la aparición de los barones de la droga ha trastocado valores tradicionales, e inyectado un elemento nefasto en la política. Panamá no logra superar todavía el trauma de veintún años de un régimen castrense irrespetuoso de los más elementales derechos humanos.

Desde su nacimiento, *Nueva Frontera* ha venido combatiendo, con persistencia inigualada, la corrupción, el clientelismo y el unanimismo. Su fundador, el doctor Carlos Lleras Restrepo, ha relegado a segundo plano su condición del mejor presidente colombiano de la segunda mitad del siglo XX para convertirse en la conciencia moral de su pueblo. Por ello, al tratar estos temas es necesario referirse a ciertos hitos fundamentales de su pensamiento.


 II

La corrupción afecta a todas las formas de gobierno: a las democracias tanto como, en su momento, a la Rusia de los zares y Lenin, y la Alemania de Bismarck y Adolfo Hitler. Irrefutables son los testimonios de Goering y Trotski al respecto.

El mal viene de atrás. Cicerón dedicó a combatirlo buena parte de su vida. Lo indigna-

ba, especialmente, lo que ocurría en las provincias. Sus gobernantes tenían claras metas de enriquecimiento personal, al margen de toda consideración de orden ético-moral.

Rousseau, en cierta manera, trató de excusar la falta de reciedumbre moral de los humanos, atribuyendo su conducta al ambiente creado por la vida social y política. Olvidó que son precisamente los hombres quienes con su comportamiento, dan forma definida a lo político y social. Tenía razón David Hume, al sostener que las sociedades son resultado de las acciones y no de los designios humanos.

Hoy suele considerarse al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte como ejemplo de recto comportamiento en materia política, relegando al cuarto de San Alejo los pecadillos de algunas de sus más prestantes figuras públicas. Inconsciente o deliberadamente, se echa al olvido que no fue sino durante la segunda mitad del siglo XIX cuando se hizo viable la moralización del servicio civil británico.


 III

A principios de los años setenta, cuando Carlos Lleras se dedicaba a estudiar los problemas agrarios de su predilección para la FAO, un eximio catedrático de la Universidad de Harvard, Carl J. Friedrich, publicó un libro que tituló, dicientemente, *The pathology of politics*.

Señaló entonces, con perspicacia, que entre los efectos dañosos de la corrupción se encuentran la ineficiencia, la desconfianza del gobierno, el derroche de los recursos públicos, el desestímulo de las iniciativas e inversiones extranjeras, y la inestabilidad política.

En los capítulos pertinentes de la obra, Friedrich analiza otros tres temas de la mayor importancia: el vínculo de la corrupción con la ambición desaforada por ocupar altos puestos; la teoría de algunos de que, en el tercer mundo, el desarrollo económico requiere aceptación de cierto grado de corrupción; y que ésta, como otros males, es incurable, pudiendo solamente impedirse que se desboque.

IV

Por su parte, desde los primeros tiempos de *Nueva Frontera*, Carlos Lleras defendió la tesis de que se debería exigir a las personas que han ejercido funciones públicas comprobar el origen de sus bienes. Mostraba pasmo por los signos de riqueza, de quienes reciben sueldos que, por lo general, apenas alcanzan para vivir modestamente. Añadía que resulta necesario, aunque parezca anacrónico, resucitar los juicios de residencia de la época colonial. Coincidiendo con Friedrich en que hay delincuentes astutos y afortunados, insistía Lleras Restrepo en que no deben economizarse esfuerzos para descubrirlos y castigarlos.

A principios de 1976 apareció en la prensa colombiana noticia sobre posibles sobornos a personas que intervinieron en la compra de unos aviones Hércules para la Fuerza Aérea. Pidió entonces Carlos Lleras que se investigaran los movimientos de fondos de la compañía vendedora y se identificara cómo se desembolsó el dinero del soborno si es que lo hubo, y en beneficio de quiénes. Argumentaba entonces:

«Resulta indispensable que, de una vez por todas, quienes negocian con los organismos públicos sepan que no pueden acudir a procedimientos ilícitos; que se castigará tanto al funcionario que falte a su deber como al intermediario o al agente que intervenga para corromperlo, y que la casa, nacional o extranjera, que autorice el soborno o busque el apoyo de quienes están en capacidad de influir sobre un negocio determinado con favores o atenciones especiales, no podrá volver a negociar con ninguna entidad oficial».

V

A Carlos Lleras el profesorado, formal e informal, le ha dado más satisfacciones íntimas que los honores que el pueblo colombiano le ha conferido, y sus trabajos como legislador y funcionario. Al recibir el título de doctor honoris causa en derecho y ciencias políticas y sociales conferido por la Universidad del Cauca el 25 de enero de 1980, disertó sobre la 'Patología de la

democracia'. Señaló Lleras que ya el mismo Aristóteles asociaba la propiedad de la tierra al ejercicio de la función democrática en la comunidad política. Su análisis de ese principio lo lleva a una conclusión fundamental:

«El poder económico en la medida en que recorte la independencia política por la apelación abusiva al vínculo de dependencia, es



VI

A estos males cabe agregar los fenómenos del clientelismo y unanimismo. El primero, tanto en Colombia como en Panamá, depende considerablemente de la ausencia de una organización verdadera y estable de los parti-

que inevitablemente se refleja sobre la marcha de la administración y el mal funcionamiento de las corporaciones públicas. Se utilizan una serie de artimañas que producen beneficios políticos para quienes las realizan, pero que van en detrimento de la eficiencia administrativa y el orden fiscal, y muchas veces dan origen a beneficios pecuniarios.

Es casi increíble el monto de las sumas que aspirantes a Cámara o Senado en Colombia y a la Asamblea Legislativa en Panamá, gastan para conseguir su elección. Algunos legisladores pretenden presionar al Ejecutivo para que la administración pública esté al servicio de los parlamentarios. Se produce un permanente forcejeo entre las dos ramas del poder, que perjudica grandemente toda la acción estatal.

Como resultado, dice Carlos Lleras, «el crecimiento de esos males rompe la equidad en la competencia democrática, resucita la vieja institución del cacique político y siembra un creciente escepticismo en las masas».

La quiebra de la moral produce otros efectos. Aumenta, notablemente, los desequilibrios en la distribución del ingreso y estimula los consumos conspicuos que son un insulto a la pobreza de las clases populares atenazadas por la miseria.

En otro orden de cosas, lo primero que piensa la gente en nuestros países cuando está urgida por cumplir un trámite es en ofrecer dinero al empleado respectivo. Se han institu-

cionalizado las 'mordidas' al estilo mexicano; grandes a veces; en otras, casi propinas.

VII

Precisa reaccionar, en Colombia y Panamá, contra este estado de cosas. Hay que imprimir dinámica en el campo del desarrollo económico. Son decisivos el empleo y el aumento de la productividad. Es verdad de Perogrullo que el desempleo abierto es muy grande; y peor todavía el espantoso problema de la miseria bajo el desempleo disfrazado.

Hay que aumentar la productividad en los servicios, lo agropecuario y lo industrial. La necesidad de mantener una posición competitiva en los mercados internacionales obliga a estudios cuidadosos.

No son posibles cambios de significación en el campo del empleo y obtener una distribución más equitativa del ingreso, en ausencia de una política demográfica. El crecimiento excesivo de la población frustra los esfuerzos de desarrollo económico. Hay, en los cinturones de miseria de nuestras ciudades, miles de chiquillos desnutridos, casi desnudos, que viven en cuartuchos miserables, juegan entre el fango, y disputan en los basureros alimentos a los perros y gallinazos. Todo cambio social carece de sentido, si no va dirigido principalmente a los niños y los jóvenes.

Como ha señalado Carlos Lleras Restre-

po, no deben indignarnos las publicaciones extranjeras cuando muestran la miseria que afecta a capas extensas de nuestra población. «Lo que nos debe sublevar no es que se haga pública esa

miseria ni que se hagan públicas las otras lacras sociales que nos afligen, sino que esa miseria y esas lacras existan y no estemos haciendo para combatirlas todo el esfuerzo necesario».



Carlos Alberto Mendoza

HECHOS Y PERSONAJES COLOMBIANOS ANALIZADOS POR UN PANAMEÑO

10

**TRAYECTORIA EVOLUTIVA
DEL LIBERALISMO
Y POSICION DE
OTTO MORALES BENITEZ**

Una página de Lleras

Restrepo: preponderancia

de los partidos tradicionales

Jorge Eliécer Gaitán, en los comienzos de su vida política, e influido por las cosas que había visto en Italia durante los años de su formación jurídica, cuando estaba en apogeo el régimen implantado por Mussolini, «soñaba con un partido casi organizado militarmente, marchas de hombres uniformados, una disciplina férrea y, por supuesto, ciega adhesión al jefe.»¹ Acuñó para el mismo el nombre de *unirismo*, y quiso que participara en las elecciones de 1933 para la Cámara de Diputados. Pero ni el nombre ni las ideas que cobijaba habían calado entre los campesinos que pretendía catequizar; de suerte que, enterados oportunamente los candidatos de otros partidos, consiguieron derrotarlo sin dificultad.

«El unirismo, con Gaitán a la cabeza, sacó una votación baja en toda la circunscripción, tan baja que el jurado electoral no escrutó a Jorge Eliécer. Este impugnó más tarde los resultados de algunas mesas de Bogotá, obtuvo que las anularan y pudo ingresar en la Asamblea, pero ya en las sesiones de 1934.

«Este primer fracaso del unirismo y otros que vinieron después debieron servir a Jorge

Eliécer Gaitán para comprender que si quería el triunfo de sus programas, debía buscarlo dentro de las filas del Partido Liberal. Aunque después adelantó con Carlos Arango Vélez el efímero ensayo del Partido Radical Socialista, figuró de nuevo como candidato del Partido Liberal en las listas para la Cámara de 1935 y no volvió a apartarse de nuestras filas, sino que tomó la cuerda decisión de reformar el partido desde adentro, y, sin duda, en los años posteriores lo vivificó y despertó la mística de justicia social en sectores a quienes el simple nombre del liberalismo no decía gran cosa, agobiados como estaban por la miseria. Una frase que repitió mucho después, en el curso de sus tempestuosas campañas, fue la de 'el hambre no es liberal ni conservadora', y a mí no me cabe duda que si él hubiera podido llegar a las elecciones presidenciales de 1950, muchos sectores populares del conservatismo lo habrían acompañado.»²

La formación de los

partidos tradicionales

El arraigo que esos dos partidos, el conservador y el liberal, adquirieron en Colombia, viene de muy atrás. Ocupa la segunda mitad del siglo pasado, cuando se definen como organizaciones bautizadas con tales denominaciones; pero cabe decir que su génesis, sobre todo la del



Partido Conservador, arranca desde los tiempos mismos de la colonia, pues el conservatismo hereda los cuantiosos privilegios que las clases altas de la sociedad tenían acumulados.

En 1849—sostiene Joaquín Tamayo— todavía predominaban ideas y costumbres similares a las legadas por el siglo XVIII. En el orden político y económico, instituciones creadas por la Corona: monopolios, esclavitud, ley de Patronato eclesiástico, feudos y preeminencias. Prevalían la prisión por deudas, la pena de muerte por delitos políticos, monopolio de los cultivos, es decir, factores adversos a la doctrina liberal.³

En cuanto al Partido Liberal se refiere, conviene recordar lo siguiente: «Hacia mediados del siglo XIX adopta ya perfiles definidos, en la historia política de Colombia, un movimiento de hombres jóvenes que se traza un programa de finalidades audaces, con los siguientes rasgos distintivos:

«1. Quiere desarticular la herencia del pasado colonial. Es decir, los privilegios de que habla Joaquín Tamayo en la obra citada anteriormente.

«2. En lugar de las prácticas de tradición castellana y con el fin de establecer un provechoso cambio de rumbo, se inspiran en las doctrinas del romanticismo francés. Se dan a la lectura de Rousseau, de Chateaubriand. Creen en la eficacia de la palabra hablada, como símbolo de

persuasión, y rechazan la violencia armada.

«3. Para fomentar y fortalecer los vínculos entre los integrantes del grupo, fundan la Escuela Republicana, centro de ideas avanzadas, en la que predomina el tono sentimental y dramático, con arranques de heroísmo romántico.

«4. Se apartan del liberalismo de Santander, a quien Murillo Toro consideraba, junto con sus correligionarios, como conservadores ilustrados: “El partido liberal antiguo, el que se organizó bajo las influencias del general Santander, era muy contemporizador con el estado de cosas anteriores, y gustaba sobremanera de la autoridad; era anticlerical pero quería el Patronato. No podía resolverse a desprenderse del ejército y de la autoridad gubernativa y centralizadora” .»⁴

La evolución hacia el liberalismo social

El esquema trazado anteriormente permite comprender que el partido liberal colombiano, desde sus primeras andanzas, estaba llamado a emprender un camino hacia metas avanzadas, a tono con las exigencias y necesidades de los tiempos nuevos.

En su obra *Las ideas liberales de Colombia* (1849-1914), Gerardo Molina transcribe una parte sustancial del ensayo «Qué quiere el liberalismo» escrito por Ezequiel Rojas en 1848, en el cual trazó con gran acierto las directrices que el partido, desde el punto de vista ideológico y atendiendo a las exigencias de su aplicación en la vida administrativa, pide a los gobernantes en sus relaciones con la colectividad gobernada.

Una violenta escisión se produjo en sus filas cuando se enfrentaron los partidarios de las ideas avanzadas, influídos por los conflictos sociales que comenzaban a producirse en Europa, como resultado de las ideas marxistas, reflejadas en la lucha de clases, vale decir, entre capitalistas y asalariados, oponiéndose a quienes sostenían la necesidad de una acción vigorosa del Gobierno para reprimir las sediciones o movimientos subversivos.

Pero no se había planteado aún el problema de los conflictos sociales mirados desde un ángulo de comprensión encaminado a resolverlos, atendida la urgencia de mirar hacia las clases desvalidas, tratando de ayudarlas a remediar sus muchas necesidades.

Quien primero se decidió a ofrecer público testimonio de tal preocupación fue Rafael Uribe Uribe, el político liberal que desde la guerra de los Mil Días y actuando con firmeza y capacidad, se mostró empeñado en conseguir que el partido emprendiese el camino de las reivindicaciones sociales.

El incansable luchador que había participado en tantas acciones encaminadas a defender los postulados de la causa liberal, lo mismo en la tribuna, la prensa y los campos de batalla, comprendió que era necesario, al cabo de numerosas experiencias adversas, hacer cuanto estuviera a su alcance para dotar de un nuevo contenido el programa liberal, de modo que abarcase explícitamente la urgencia de luchar por las clases humildes y desamparadas. En la conferencia que dictó en el Teatro Municipal en octubre de 1904 expresó con toda claridad esos anhelos. Su biógrafo Eduardo Santa dice al respecto:

«...después de trazar con palabra maestra una dolorosa radiografía de la Colombia de aquellos tiempos entra a hablar de una nueva concepción política del Estado, como un verdadero maestro en esta complicada ciencia. Es el precursor, es el vidente y es, al mismo tiempo, el apóstol de las reivindicaciones sociales. En esa conferencia sugiere, sin tapujos ni adhehalas verbales que puedan oscurecer el sentido de su pensamiento, la necesidad de implantar un socialismo de Estado, vale decir, 'un intervencionismo que busca ante todo justicia social, mayor equidad en la distribución de la riqueza y con ello mayor bienestar para las clases oprimidas'. Decía en aquella ocasión que era indispensable abandonar los principios clásicos del liberalismo individualista y darle a esa colectividad un contenido popular, democrático y justiciero, pero a la vez advertía: 'Ni el papel para el Estado de

simple espectador ni tampoco la fórmula que convierta al Gobierno en único motor político y social, poseedor de todo bien, iniciador exclusivo de todo progreso, cerebro y brazo del país, monopolizador de sus energías. A igual distancia de esas opiniones extremas hay una transacción que debemos adoptar para las peculiares condiciones de América'.»⁵

Se procura con estos pronunciamientos que el partido dispusiese de un programa para actuar en favor de las masas populares cuando llegase la hora de asumir el poder, que desde la muerte de Rafael Núñez en 1894 había quedado, con la vicepresidencia de Miguel Antonio Caro, en manos de los conservadores. Esa hora tardó en llegar, pues sólo después del Gobierno dictatorial encabezado por el general Reyes se abrió paso a un período de concordia bajo la Unión Republicana que propició la convivencia entre los dos partidos. Olaya Herrera llegó al poder, ya como presidente liberal, en 1930, mas no intentó una reforma sustancial que provocara la ofensiva inmediata de conservadores y levitas, los que, no obstante, le combatieron con saña y sin tregua.

En la primera presidencia de Alfonso López (1934-1938) hay, en cambio, un propósito decidido de acometer el que llamó programa de la revolución en marcha que entiende como «el deber del hombre de Estado de efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución por medios violentos». En

su gestión presidencial estimuló vigorosamente las reformas sociales, en beneficio así de los campesinos como de las masas urbanas, inició la reforma tributaria, la educativa y las leyes sobre reforma agraria, fomento industrial y obras públicas. Se preocupó además por adelantar una enmienda constitucional que el propio presidente calificó de «una refriega indecisa entre la audacia y la cautela. Solamente en lo relativo a la libertad de enseñanza y de conciencia rompió, como se dijo con frase afortunada, una vértebra al estatuto (de 1886). Sin embargo, se promovió desde fuera del Congreso una reacción amenazante, y se habló de desconocer el imperio de esa legislación. Se la tachó de comunista, de disolvente de la sociedad colombiana, de atea, de corrupta».⁶

Los hechos demostraron después que todo ese cortejo de males que con tanta estridencia se anunciaron no había ocurrido; más comprobada hasta que punto la reacción conservadora no tardaba en producirse si surgía el intento liberal de aminorar los privilegios de las clases adineradas.

En un estudio de Javier Ocampo López sobre el ideario de Otto Morales Benítez, se hace presente la contribución valiosa de otro representante de las ideas renovadoras del partido:

«Uno de los más destacados exponentes del Nuevo Liberalismo Colombiano es Carlos Lleras Restrepo, quien en sus ideas y en sus obras ha defendido el desarrollo económico y

social como política fundamental para establecer 'el orden en la casa'; con sus ideas sobre la tecnificación para el progreso, la organización de las finanzas, el saneamiento de la administración pública, el estímulo a las inversiones de capital extranjero, el establecimiento de una política de independencia económica de las grandes potencias, estimulando la industrialización de Colombia y la integración con otros países latinoamericanos. Lleras Restrepo ha defendido con vehemencia la reforma social agraria, las leyes laborales como estímulo para los trabajadores, el incremento del cooperativismo, la integración popular, la acción comunal, las organizaciones campesinas y el intervencionismo estatal.»⁷

Tampoco debe olvidarse, en este recuento de las ideas y los hombres que más han contribuido a la renovación del programa del partido liberal colombiano, a Jorge Eliécer Gaitán, caudillo de gran arrastre popular, que hizo de su vida un incansable apostolado en favor de las reivindicaciones populares; que quiso al principio fundar un partido de tendencia socializante que no encontró acogida en las masas colombianas por su carácter extranjeroizante en la forma exterior de presentarse, repudio que hizo comprender a Gaitán la conveniencia de integrarse en el partido liberal, con cuyo caudaloso concurso pudo llevar adelante su ideario renovador, atento sobre todo a la urgencia de remediar la miseria de las gentes humildes,

huérfanas de todo amparo. La muerte a través de un alevoso asesinato, arrebató aquella vida que tanto significaba para el porvenir de su patria.

Sin participación popular no hay democracia

Con este título encabeza Otto Morales Benítez su libro *Liberalismo, destino de la patria*, que viene a ser una amplia exposición de su pensamiento político y le acredita, no sólo como conocedor a fondo de la trayectoria del partido liberal sino, además, como conductor y orientador entre los más destacados de esta generación.

El discurso fue pronunciado en noviembre de 1980 para agradecer el homenaje que se le tributó en la ciudad de Pereira, y tiene por ello el valor de un contacto cordial con el público que le escuchó, hondamente compenetrado con el pensamiento del estadista. El tema expuesto es, por el solo enunciado, su contribución más positiva en el proceso de avance ideológico que el liberalismo colombiano debe experimentar para ponerse a tono con las crecientes exigencias de compenetración entre gobernantes y gobernados, pues no es posible concebir ya que se busque el apoyo de los electores con fines proselitistas de triunfo en las votaciones para luego, en el ejercicio del poder, condenar al olvido las prome-

sas solemnemente reiteradas.

Morales Benítez comienza por declarar que toda su obra está henchida de esencias colombianas. Sus libros, todos ellos, los de literatura, de aproximaciones a la sociología, los que entran en el análisis de problemas económicos y sociales, «no son más que trozos de la vida colombiana». «Por ello, por mis páginas cruzan la libertad, la reivindicación económica, el repudio del despotismo, el canto a las luchas sociales.»⁸

Sin el pueblo, sin su concurso, no hay nada valioso, va diciendo sus cantos, sus bailes, sus mitos, sus leyendas. La masa es receptora cordial de cuanto en ella se ha sembrado que sea auténtica expresión de valores que tengan un sello propio e inconfundible.

«Con la participación popular se busca que el pensamiento del ciudadano sea conocido y respetado por sus representantes. No se puede manejar a las gentes como seres disminuidos en su valor moral, intelectual, ni afectar su dignidad personal con el desdén al no permitirles que señalen su propio destino.»⁹

Pero en estos pueblos nuestros, por desgracia, son pocos los políticos en función de dirigentes que se comporten con absoluta honestidad si, llegados al poder, tienen la oportunidad de disponer de los caudales públicos no en bien de la comunidad sino para acrecentar sus haberes personales. La inmoralidad administrativa tiene aquí una fuente de perversión

que es a la vez una fuente de descrédito y una rémora para el progreso y el bienestar público. Dice con acierto Otto Morales:

«Insistimos en esta teoría de la participación popular, porque en la masa advertimos que está lo puro, lo bueno, lo ético, el gran impulso creador sin obedecer a cálculos mezquinos. En medio de esta descomposición progresiva, podemos decir que el pueblo no roba los dineros públicos; no trafica con drogas; ni rompe las normas de la familia colombiana; ni manipula con los bienes oficiales; ni está buscando cosa diferente de que le entreguen lo que ética y equitativamente lo corresponde.»¹⁰

Valoración de hombres notables del liberalismo colombiano

Sin duda cabe afirmar que el libro *Liberalismo, destino de la patria*, marca un hito fundamental en la obra escrita de Otto Morales Benítez porque da cuenta de su contacto apasionado con hombres y acontecimientos que forjan en este siglo el caudal que el partido liberal colombiano añade con orgullo a su larga historia de la pasada centuria. Si en esta última los liberales lucharon por consolidarse, aunque sin poder evitar las disidencias y contradicciones surgidas en su propio partido, de lo cual ofrecen testimonio los conflictos con Rafael Núñez y la guerra de los



Otto Morales Benítez

Mil Días, es conveniente reconocer que en todos estos reveses intervino la violenta pugna con el partido conservador.

Esa guerra desangró a Colombia y en particular al liberalismo, que luchó inútilmente por recuperar el poder. Las amargas experiencias recibidas demostraron que no era la contienda bélica el camino indicado para alcanzar lo perdido, sino el enfrentamiento con el conservatismo en la pugna política, para debilitarlo y dividirlo. Tal ocurrió cuando Rafael Reyes, estableciendo el gobierno absoluto, cometió errores que precipitaron su caída, y surgió un régimen de convivencia que habría de propiciar en 1930 el ascenso de Olaya Herrera a la Presidencia de la República.

Otto Morales Benítez ha forjado su personalidad política en contacto con los hombres que proyectan una nueva fisonomía del liberalismo, comenzando por Rafael Uribe Uribe, en cuyo pensamiento social fija especialmente su mirada escrutadora. Se ha dicho antes cómo en su conferencia pronunciada en 1904 en el Teatro Municipal se adelantó a proclamar la urgencia de un programa de justicia social, encaminado a satisfacer las múltiples necesidades de las clases humildes.

«Examinando cuidadosamente este volumen, *El pensamiento social de Uribe Uribe*, nos damos cuenta de la hondura de sus planteamientos en torno a las urgencias de nuestros trabajadores. Quizá el debate sobre muchas de las

materias que él analizó, no ha terminado en nuestra época. Hoy mismo, muchos de los temas que cruzan estos ensayos, son patrimonio de la discusión pública y no se les ha encontrado adecuada solución.»¹¹

En el capítulo 'Olaya Herrera, político, estadista y caudillo', que sirve de prólogo al libro de Gustavo Humberto Rodríguez sobre la obra de este autor con el título enunciado, Otto Morales examina, a grandes rasgos, la figura del presidente liberal que en 1930 inicia el retorno del partido a la primera magistratura, en una difícil gestión de la cual salió airoso, no obstante la virulenta oposición conservadora y en momentos de grave depresión económica internacional. Sumado a todo ello el conflicto bélico con el Perú, que halló a Colombia inerme y sin recursos para defenderse. A pesar de todo, Olaya, con gran acierto y sentido patriótico, salvó al país de la durísima prueba.

Así enjuicia Eduardo Santos, en editorial de *El Tiempo* del 5 de agosto de 1934, la titánica labor que desarrolló Olaya Herrera para afrontar la tremenda crisis: «Si como ciudadano condenó y rechazó siempre la violencia, como mandatario detuvo el impulso de una revolución en marcha con mano y pulso firmes, para impedir que su país se precipitara, como en otros tiempos, al abismo de la guerra civil para resolver teoremas políticos.»¹²

Se designó a Otto Morales para ocupar en la Academia de Historia el sillón que per-

teneció a Eduardo Santos, y en el discurso que pronunció en 1980 para reemplazarlo, hizo un cumplido elogio de su personalidad, exaltando las cualidades eminentes que le distinguieron: su estilo de fina circunspección, que no fue, como algunos pensaron, una tendencia a rehuir los enfrentamientos, pues cuando decidía adoptar una determinada posición, «ni el desafío lo impresionaba, ni lo abatían las imprecaciones altisonantes de sus enemigos circunstanciales.»

Al tomar posesión de la Presidencia de la República, indicó que si bien había sido elegido por el partido liberal en el cual había militado durante muchos años, sus procederes habrían de ajustarse a la pauta marcada por la condición de jefe del Estado, y no como jefe de partido, en lo cual no hacía otra cosa que vincularse a una clarísima tradición liberal.¹³

En sus actos de gobernante debe buscarse, detrás, el soporte ideológico que daba sentido a su credo democrático, y proclamaba, además, la necesidad de que los empleados públicos actuasen con gran pulcritud en el manejo de los asuntos a ellos encomendados. Para criticar o denunciar cualquiera irregularidad debía existir una oposición fiscalizadora rigurosa y vigilante, pues «no quería silencio complaciente de sus enemigos ni apoyo vergonzante de sus copartidarios.»

Por todo ello la actuación presidencial de Eduardo Santos viene a ser «como manual abierto para dar directrices al liberalismo.»¹⁴ Lo

cual confirma, una vez más, que Otto Morales Benítez ha seguido muy de cerca las lecciones de civismo y doctrina liberal más exigentes para forjar, con trazos firmes, su personalidad de dirigente y obtener así un crédito público que no está restringido al partido liberal sino que abarca un vasto sector de sus compatriotas.

La inmoralidad en Colombia

En la tarea de rehabilitar la parte sana y aprovechable para una reconstrucción de la vida colombiana, que la lleve a desechar los males que la agobian y entorpecen su marcha hacia un futuro mejor, Otto Morales se apoya en un pequeño y sugestivo libro de Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, quien, angustiado por su porvenir, procura indagar cuáles son las causas de la postración que observa.¹⁵

«El divide a su tierra en visible e invisible... Pero hay una fuerza subterránea, sumergida, que se pierde, de pronto, en los meandros. Y nos parece que no somos capaces de rescatar su fuerza y su poder.»

Para Mallea lo vital son las conciencias, la conducta. Y que esta no sea individual sino colectiva, y que se traduzca en fuerza social, en comportamiento que regule la sociedad.

«Y esa división entre el país visible o el invisible, ¿a qué conduce en sus razonamientos? A algunos bien simples pero esenciales: todos

los días nos enfrentamos a los hechos que nos hieren o alegran; los que nos dan aliento o nos conducen al pesimismo. En Colombia, en estas horas, son más los que quiebran nuestro entusiasmo, que los que nos estimulan. Y así llegamos a conclusiones desesperanzadas, que nos inclinan al aniquilamiento. Es como que una desilusión nacional se apoderara de las fuerzas internas que nos dirigen la existencia.

«No reaccionamos para estimular lo que tenemos sumergido en el fondo de nuestras vidas y en el de la sociedad de la cual formamos parte. Una cobardía se apodera del carácter de cada uno de nosotros. Y damos por hecho que no hay destino por construir; ni posibilidades de derrotar los poderes oscuros que quieren someternos; ni anuncio de un nuevo heroísmo para imponer nuestras creencias. Esa parte invisible de Colombia la olvidamos, la desconocemos, la relegamos. En cambio, nos volvemos complacientes, nos inclinamos por las malas horas, nos vamos haciendo partícipes de la ligereza que repudiamos. Pero aún más: no ejercemos vigilancia sobre nuestras vidas, ni sobre nuestros actos, ni acerca de la actitud que tenemos ante todos los poderes. Hemos perdido la condición de combatientes. Nos entregamos fácilmente al halago de lo inmediato; de lo que enriquece sin buen proceder; estimulamos el desmoronamiento de frentes que nos tocaba custodiar; vamos empequeñeciendo lo que nos rodea por tener más comodidades, goces y complacencias. Y

vamos aflojando, inevitablemente, la voluntad social.»

Aunque el diagnóstico apuntado produzca una impresión de inevitable pesimismo, al ser interpretado como un mal generalizado de hondo arraigo, no debe aceptarse, según sostiene Otto Morales, como mal sin remedio; pues el pueblo colombiano ha demostrado, en más de una ocasión, que es capaz de sobreponerse, haciendo surgir esas fuerzas invisibles y como soterradas de cuya eficacia puede esperarse mucho.

«Y ese mismo pueblo —sin muchas ventajas dadas por el Estado— ha dado respuestas colectivas de responsabilidad ante el destino de la patria. Y ha contribuido a diseñarla en la lucha heroica, en la política, en las nuevas formas sociales. Muchas veces sin dirección de quienes participamos en la vida política, porque les despertamos más apetencias de las que puede el país colmar y satisfacer.»¹⁶

Tal ocurrió, para citar un ejemplo, en los Llanos Orientales, que fueron dominados por gentes que se alzaron en armas. Entraron en posesión de la tierra y la usufructuaron durante varios años. Más tarde, ante la promesa firme de que sería respetada la Constitución y salvaguardada la vida, honra y bienes de los colombianos, los campesinos desecharon las dudas y reparos iniciales y se dispusieron a devolver las tierras ocupadas, en las que se instalaron sus antiguos dueños.

De la violencia parten casi todos los males. Así lo declara el autor. Ella ha sido responsable del desquiciamiento de las costumbres en Colombia. Ella logró que desapareciera la vigilancia, que se impusiera el terror y que el silencio ocultase el desenfreno. Se ordenaban investigaciones sin valor, pues las personas afectadas sabían de antemano, por las experiencias recibidas, que no habría sanción. El encubrimiento del delito, ante los hechos consumados, surgió como forma de vida. Era una especie de resignación ante males que parecían inevitables.

«El examen de esta situación señala que debemos tener una conducta ante la patria. No lánguida, de simple declaración de amor verbal. No es posible que suceda así, pues es indispensable que sea beligerante, con audacia, con rumor

de combate, con pasión encendida. La patria no es sólo el pedazo de tierra en que hemos nacido. Es también, un manojo de identidades con su destino y unas responsabilidades sociales que con ella debemos compartir.»¹⁷

Esta declaración de Otto Morales Benítez denota que hay en su quehacer político un honrado anhelo de luchar por la reconstrucción de Colombia, y que el sentido de su responsabilidad como ciudadano y como dirigente le inclina a procurar que su patria se enderece hacia una meta de engrandecimiento que garantice el orden moral, el respeto a la Constitución y a la ley, sin olvidar que un buen gobernante ha de tender, además, una mirada de honda comprensión hacia clases humildes que son las más urgentes de justicia y de amparo.

NOTAS

1. Carlos Lleras Restrepo, *Crónica de mi propia vida*, tomo 1. Stamato Editores, Bogotá, 1983; página 38.
2. *Ibidem*; páginas 44-45.
3. Joaquín Tamayo, *Núñez, Mosquera, Plata*. Bogota, 1975; páginas 24-25.
4. Ver el libro de Baltasar Isaza Calderón, *Historia de Panamá 1821-1916. Carlos A. Mendoza y su generación*. Panamá, 1982; páginas 66-67.
5. Eduardo Santa, *Rafael Uribe Uribe. Un hombre y una época*. Segunda edición. Editorial Bedout, Medellín, 1968; página 315.
6. Ver Eduardo Zuleta Angel, *El Presidente López*. Ediciones Albon, Medellín, 1966; página 89.
7. Ver *Reflexiones políticas*, de Otto Morales Benítez. Editorial Carrera 7ª, Bogotá, 1981; página 19.
8. Otto Morales Benítez, *Liberalismo, destino de la patria*. Editorial Ceiba, Bogotá, 1983; página 15.
9. *Ibidem*; página 19.
10. *Ibidem*; página 20.
11. *Ibidem*; página 51.
12. *Ibidem*; página 81.
13. *Ibidem*; página 93.

14. *Ibíd.*; página 96.

15. *Ibíd.*; página 243 y siguiente.

16. *Ibíd.*; página 245.

17. *Ibíd.*; página 250.

